

HISTORIA DEL OLVIDO ¹

THE HISTORY OF OBLIVION

Marc Angenot
McGill University
(Canadá)
marc.angenot@mcgill.ca
<https://orcid.org/0000-0002-0787-5315>

RECIBIDO: 20/11/2022
ACEPTADO: 05/12/2022

RESUMEN

En este artículo, se contraponen la memoria al olvido. Se afirma que el olvido no es ni aleatorio ni universal, sino que está regulado en cada estado de sociedad. La memoria colectiva se puede estudiar, por tanto, como una “administración colectiva” del olvido. Tomando como punto de partida la pregunta sobre cómo lo gestionan las sociedades, se propone un esbozo de esta particular historia. El objetivo de la propuesta es, por lo tanto, aprehender por medio de qué fenómenos las sociedades producen o imponen el olvido, cómo lo regulan, cómo se adapta a él, o cómo lo niegan. En el artículo, se describen algunos regímenes por medio de los cuales las sociedades funcionan con la amnesia, la represión, el borramiento y la obliteración del pasado. Se presentan, por un lado, distintos modos por los que las sociedades buscan instaurar olvidos y, por otro, se esbozan algunas técnicas contra el olvido. Se apunta de esta manera a mostrar que las culturas de las sociedades pueden ser analizadas y periodizadas en términos de *regímenes de lo memorable* que son, de hecho, regímenes de borramiento y de olvido.

Palabras clave: olvido, memoria colectiva, historia, técnicas de regulación, estado de sociedad.

ABSTRACT

This article presents memory as a counterpart of oblivion. The act of forgetting is neither random nor universal. It is regulated in each state of society. Collective memory can be studied, therefore, as a “collective administration” of oblivion. An outline of this history takes as a starting point the question of how societies manage what they forget, with the objective of apprehending the means used by societies to produce or impose oblivion, to regulate it, to adapt to it, or to deny it. It is argued that some societies operate with amnesia, repression, erasure, and obliteration of the past. There are different ways in which societies seek to establish forgetfulness, but they also develop techniques against forgetfulness. The article aims to prove that the cultures of societies can be analyzed and periodized in terms of *regimes of memorable* that are, in fact, regimes of erasure and oblivion.

Keywords: oblivion, collective memory, history, regulation techniques, state of society.

1 Este artículo está basado en la conferencia dictada en el Instituto de Lingüística, FFyL, UBA, el 28/09/2022.



INTRODUCCIÓN

¿Tiene sentido la expresión “memoria colectiva”? La palabra “memoria” seguida de “colectiva” o “nacional” es solo una metáfora, una imagen falaz. Aquello que conserva la “memoria” de las sociedades conforma una delgada película de recuerdos legítimos y formalizados, de simulacros conmemorativos, de recuerdos encubridores que sirven para ocultar el inmenso abismo del olvido continuo de millones de vidas anónimas así como, a corto plazo, de las vidas de los “famosos” de ayer y de hoy. Sin embargo, el olvido nunca es aleatorio ni universal; en todo estado de sociedad el olvido está regulado. Por lo tanto, cualquier reflexión sobre la fama, sobre la búsqueda de la celebridad, sobre el deseo de dejar una huella en este mundo, de “dejar un nombre” para la posteridad debe comenzar por los regímenes del olvido, por la denegación del olvido y también por sus avatares históricos.

En este artículo, luego de reflexionar sobre la importancia de una historia del olvido, propongo un bosquejo para su construcción. Por un lado, presento distintos modos a los que han apelado las sociedades que buscan instaurar olvidos: desde obliteraciones materiales –como consecuencia de guerras y destrucciones o por medio de la *damnatio memoriae*–, hasta políticas de olvido y represión, así como por la desaparición de obras debido al paso del tiempo. Por otro lado, esbozo algunas de las técnicas que se han desarrollado contra el olvido: las conmemoraciones estatales en tanto simulacros de memoria colectiva, las búsquedas de justicia póstuma, la historiografía y la literatura. Por último, propongo una reflexión sobre la regulación del olvido en las sociedades capitalistas actuales.

LA ADMINISTRACIÓN COLECTIVA DEL OLVIDO

¿Qué sentido tiene una *historia del olvido*? ¿Por qué esa empresa casi nunca ha sido intentada? Si bien la psicología del olvido individual, de las represiones y los recuerdos encubridores, es un dominio de observación y de reflexión practicado en abundancia desde Freud, la historia de la “administración colectiva” —de una civilización a la otra, de un estado de sociedad a otro— del olvido, de sus reglas y de sus motivaciones está aún muy incompleta. Sin embargo, la teoría de la historiografía debería comenzar por una reflexión sobre la economía del olvido en el mundo presente y en las sociedades del pasado, una reflexión sin la cual la historia de los simulacros de recuerdo, de las formas de conmemoración –el “tesoro” de las sabidurías, las genealogías, los cultos ancestrales, las crónicas, los archivos y los monumentos– no puede ser comprendida.

En la acepción inicial que usa Freud en la *Psicopatología de la vida cotidiana* (1904), el recuerdo encubridor es una “cobertura”, *Deckerinnerung*, que deja ver un falso recuerdo reelaborado en lugar de aquel que se encuentra ofuscado, obliterado. Por mi parte, extendiendo esta noción a todos los simulacros de memoria del pasado que ocultan a los vivos la realidad del olvido que devoró a los humanos de tiempos lejanos, y también a los de tiempos recientes y que devorará asimismo a los del futuro. A pesar de las múltiples expresiones a lo largo de los siglos sobre la *voluntad de subsistir*, a pesar del esfuerzo de transmisión epigráfica, genealógica, historiográfica, a pesar de las protestas de las víctimas y de los sobrevivientes de los crímenes pasados, todas las sociedades, así como todos los humanos, funcionan con amnesia. Por esto, conviene partir de ella y no de la pequeña porción de aquello que se transmite y se retiene con las selecciones, las distorsiones y las restauraciones que implica la transmisión y con las represiones que sugieren los intereses coyun-

turales. En este mundo, existe en primer lugar el inmenso olvido que se devora a los individuos, sus sufrimientos, sus inquietudes y sus alegrías y de donde sólo emergen los grandes hechos de algunos grandes Capitanes y los *logia* obtenidos de la boca de los Sabios. La historia de la humanidad es, pues, la historia del borramiento más o menos rápido de las huellas de “desaparecidos”, tanto de los grandes de este mundo como de la gente de poca importancia.

Una historia del olvido debería ser una historia de los sucesivos regímenes de borramiento del pasado. Lo memorable, fijado en narraciones, en etopeyas, en *exempla*, presentado para producir la ilusión de una reminiscencia extendida del pasado, se transmite sólo en el discurso que conserva una sociedad –la historiografía en primer lugar–, puesto que del pasado, de todo el pasado, no queda finalmente *casi* nada. Lo que conserva la memoria canónica de las sociedades, antiguas y modernas, emerge del inmenso abismo del olvido: tal como lo dice el verso de Virgilio *rari nantes in gurgite vasto* (‘es lo poco que flota en un inmenso abismo’). Los programas conmemorativos, que incluyen desde el culto de los ancestros –y el culto de los ancestros está en el origen mismo de la religión para Herbert Spencer– hasta los monumentos cívicos, los bustos y las estatuas en el espacio público, y también la historiografía antigua y moderna, *salvan* una cantidad infinitesimal de nombres y de actos considerados memorables.

Todas las civilizaciones han fingido preservar una memoria falazmente durable del pasado y de los muertos con relatos salmódicos, con largas enumeraciones genealógicas, con *tumuli*, con frescos, con nombres grabados. Estas son, pensándolo mejor, el tipo de prácticas que llamamos “civilización”. Son, si les creemos a los paleontólogos, el índice elemental de su surgimiento: las tumbas más antiguas se remontan al paleolítico medio, datan de hace unos cien mil años.

Cómo gestiona una sociedad su inevitable olvido, cómo regula a cuentagotas el delgado hilo de anamnesis radical de las vidas comunes, de los destinos comunes, esa es, para mí, la gran pregunta inicial. Se trata, entonces, de aprehender por medio de qué fenómenos, muy distintos, las sociedades producen o imponen el olvido, lo regulan o se adapta a él, o bien y sobre todo, lo niegan, extendiendo sobre el sombrío abismo del pasado un “manto de Noé” conmemorativo. Propongo describir los regímenes por medio de los cuales las sociedades funcionan con la amnesia, con la represión –cuando se ve el fenómeno como deliberado, o al menos como nacido de la voluntad humana–, con el borramiento y la obliteración del pasado.

Porque toda sociedad tiene cosas que esconder. Hago una regla de método de un aforismo de Nietzsche en *Aurora (Morgenröte)*: “En todo lo que un hombre deja ver, podemos preguntar: ¿qué quiere esconder?”. Esto es aún más cierto cuando se trata de un pueblo, de una sociedad, de una “cultura”, las cuales se dedican solapadamente, pero a tiempo completo, a disimular y expulsar mientras fingien recordar su historia. Podemos observar un ejemplo de estas conmemoraciones “nacionales” que ocultan en el museo del Holocausto de Washington. Allí se detecta un triple rechazo conmemorativo de Estados Unidos: el del genocidio aborigen, el de la esclavitud negra y el apocalipsis de Hiroshima.

Un ejemplo de rareza civilizatoria que resalta la problemática del borramiento es el hecho de que en el pasado solo dejaron un rastro escrito sustancial dos tipos de hombres. Cuando aparece el género novela en el Siglo de Oro español, solo dejan rastros escritos dos categorías de personas, que están en los dos extremos de la escala social: por un lado, los príncipes y los grandes de España que tienen “biógrafos” y cronistas encargados, por ejemplo, los *Libros de los claros varones de Castilla* (1486) de Fernando de Pulgar, y por otro los miserables que llaman la atención de los oficiales, de los inquisidores, de ellos quedaron, después de sus pobres vidas acortadas, los relatos en los expedientes de la policía eclesiástica o feudal. El autor anónimo del *Lazarillo de Tormes*

aprovecha una alternativa que nosotros denominamos “literaria”, es decir, subversiva e irónica, de esta economía singular de los escritos en un Estado español que se encamina hacia el orden burocrático-policial moderno. La novela, me parece, juega un papel de cara al olvido; sirvió para conjurar *en la ficción* el olvido masivo de los destinos comunes, de las miserias y de las alegrías de la “gente de poca importancia”, vidas tanto más miserables porque se han perdido y porque han sido obliteradas. Lo mismo ocurrió con las vidas sin ilustración de los pequeños burgueses de antaño. Creemos que nos acordamos del Lazarillo de Tormes y de Emma Bovary porque nuestra cultura no tiene ningún recuerdo ni se preocupa por tener recuerdos de ningún vagabundo, de ningún pícaro español, ni de ninguna pequeña burguesa francesa mal casada del siglo XIX, ella no tiene lugar en el recuerdo.

Pretendo demostrar que las culturas de las sociedades (occidentales) pueden ser analizadas y periodizadas en términos de *regímenes de lo memorable* que son, *ipso facto*, regímenes de borramiento y de olvido –y también de disimulación de la extensión de ese olvido–. En mi trabajo, reflexiono sobre objetos que han llamado recientemente la atención de los historiadores y los sociológicos en su profunda *singularidad*: desde el mito de la memoria divina perfecta en las *Vidas paralelas* de Plutarco hasta la epigrafía funeraria antigua, desde las estatuas de los grandes hombres modernos y las “placas oficiales” conmemorativas hasta las inscripciones de los cementerios, los álbumes de fotos de familia, los diarios íntimos con los cuales las personas comunes convocan la simpatía de sus semejantes que vivirán después.

DIOS O LA MEMORIA PERFECTA

La representación judeocristiana de un Dios que no olvida dice *a contrario* que la Memoria perfecta e inalterable no es de este mundo. Dios es el Ser que (al igual que la novela) se define por la convención de la memoria perfecta, puesto que tiene un “Gran libro” de los destinos que consultará en el Juicio final. *Justus iudex ultionis*, justo juez del castigo y de la retribución, es un Dios contador, terrible pero “demócrata”, porque los nombres y las acciones de todos están inscritos en su Memoria y no olvida ni el nombre de un estibador de Ostia ni el del emperador Constantino.

Al comienzo de *Tío Vania* de Chéjov, el viejo médico Astrov se pone a meditar en voz alta delante de la sirvienta. Dice que no quedará ningún recuerdo de nosotros y que todo el bien que habremos hecho aquí abajo será olvidado por las generaciones que, sin embargo, estarán en deuda con nosotros por nuestros esfuerzos:

...y pienso en aquellos que vivirán cien años, doscientos años después de nosotros y para los que despejamos hoy el camino. ¿Honrarán nuestra memoria con una palabra amable?
¡No se acordarán de nosotros!

Marina: Los hombres, no, pero Dios se acordará.

El viejo médico le reconoce a Marina su consolación benévola y ridícula. Aquí hay una primera escapatoria imaginaria ante la fatalidad del Olvido que consiste en confiar en el Ser supremo la imposible memoria exhaustiva de los individuos tomada uno a uno. En las sociedades en donde reina una religión salvadora como el cristianismo, en donde la salvación del alma es una cuestión de relación individual entre el alma y un Dios omnisciente y que no olvida, es en donde, por el contrario, la memoria social selecciona sin piedad para conmemorar en la falsa coherencia de un

Gran Relato. Parecería que se hubiera impuesto hace tiempo una suerte de “solución”: solo se recuerdan un puñado de cosas *nobles* y de hombres *ilustres* y se apuesta por el olvido aceptado de las personas sin fama. Las personas sin fama confían su destino humilde al Juez eterno omnisciente y se contentan con saber que su memoria subsistirá algún tiempo en el recuerdo –precario– de sus descendientes inmediatos para borrarse finalmente para siempre.

OBLITERACIONES MATERIALES

En primer lugar, considero las *obliteraciones materiales* como fuentes eminentes del olvido. A largo plazo, la primera y más terrible máquina que produce el olvido, que elimina masivamente el pasado, son los conflictos y las guerras con sus obliteraciones materiales de lo memorable.

Desde hace siglos, la memoria perpetuamente en vista de la destrucción de las sociedades del Viejo Mundo es tributaria de guerras, bombardeos, vandalismos y revoluciones. Europa era un campo de ruinas en 1945, después de una guerra de treinta años. La memoria en gran parte borrada del siglo XX es fruto de la destrucción de ciudades enteras, de monumentos venerables, de archivos “irremplazables” y de obras de arte por millares. La Segunda Guerra Mundial fue el conflicto más mortífero de la Historia, pero aquí hablo de un patrimonio cultural aniquilado. En 1945, Varsovia, Lodz, Breslavia, Berlín, Dresde (pienso en también Manila, en Asia) eran solo ruinas tal y como fue el caso de centenares de otras ciudades de Europa con sus monumentos, sus catedrales, sus museos y sus bibliotecas.

Otro tipo de obliteración material se puede reconocer en la *damnatio memoriae* de los antiguos. Los romanos, siguiendo en esto a los antiguos egipcios, ejercieron el *odio póstumo*: pretendían castigar a los muertos borrando sus huellas. Practicaron la *damnatio memoriae* de grandes criminales, de déspotas, de perversos y de traidores, es decir, la supresión de su recuerdo por decreto: concretamente, el borramiento sistemático de todo rastro, inscripción, medalla, que pudieran haber dejado. Se puede mencionar el ejemplo del emperador Domiciano, que reinó entre el año 81 y el 96 e hizo sufrir a Roma un feroz régimen despótico. Después de su muerte, fue debidamente castigado con la *damnatio memoriae* por decreto del Senado. Domiciano sufrió todas las formas de ultraje que podía padecer un emperador maldito después de su muerte: la destrucción de sus retratos, el martilleo de sus inscripciones, el rechazo de la apoteosis, el recuerdo tachado de la Historia.

La *damnatio memoriae* se renovó en el siglo XX, cuando funcionó masivamente y con una eficacia inédita. Más que un régimen sanguinario y miserable, la URSS debe su *originalidad* a la universalidad de la mentira y la manipulación. Se puede leer en el libro de David King (1997) sobre este fenómeno, que atraviesa la historia completa del régimen bolchevique, que consiste en las manipulaciones y borramientos de fotografías y retratos soviéticos, en reemplazos y destrucción de manuales escolares y en la quema de enciclopedias.

El primer capítulo de *El libro de la risa y el olvido* de Milan Kundera comienza con una anécdota típica de los regímenes comunistas: en febrero de 1948, Klement Gottwald arenga a la multitud en Praga. Hace frío. Servilmente, Vladimir Clementis coloca su propio sombrero sobre la cabeza desnuda de Gottwald. En 1950, Clementis fue eliminado físicamente, e *ipso facto* borrado de todas las fotos. Así que, en las fotos de la ceremonia de febrero de 1948, Clementis ha desaparecido, nunca ha existido... pero el sombrero de este ectoplasma sigue en la cabeza de Gottwald. Kundera concluye, como escritor que conocía bien el “socialismo real”, que “la lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido”.

Por este camino, se llega al fenómeno de la *iconoclasia*, es decir, la destrucción deliberada de imágenes, estatuas –en un primer momento, representaciones religiosas–. En Moscú, a principios de la década de 1990, pude visitar un campo de dispersión cubierto de nieve detrás del Museo Tre-tiakov que estaba tachonado de estatuas comunistas recientemente retiradas de la capital, estatuas desmenuzadas y rotas en cuyo centro yacía, fundido y ladeado, Feliks Dzerzhinski, fundador de la Cheká, la policía política del Estado bolchevique. Solía estar en el centro de la plaza Lubianka. Hoy en día, el parque del Museo de las Artes se llama “Parque de las estatuas desmontadas”: ahora es el cementerio mejor organizado de estatuas de la época soviética. Se pueden encontrar cementerios similares en las capitales y grandes ciudades del antiguo Pacto de Varsovia.

El año 2020 ha visto un fuerte resurgimiento de la iconoclasia en todo Occidente. Dos estatuas de Victor Schœlcher, el hombre que hizo campaña durante toda su vida y pudo aclamar la abolición de la esclavitud en 1848, fueron destrozadas por manifestantes “racialistas” en Martinica. Ahora es el turno de Cristóbal Colón, ese conquistador blanco que encabezó la vanguardia de los genocidas venidos de Europa: San Francisco retiró la estatua de Cristóbal Colón en junio de 2020.

Las obliteraciones, las borraduras activas, tanto deliberadas como intencionadas, de los lugares y objetos de la memoria y sus diversas *lógicas* políticas se pueden seguir de un país y un régimen a otro a lo largo del último siglo: el retiro de estatuas, la supresión de monumentos, la sustitución de lugares de la memoria por “lugares de amnesia”, la modificación de fotografías oficiales, el rebautismo de topónimos, de nombres de ciudades, calles y localidades. Esto permite examinar las técnicas con las cuales los Estados se han esforzado por hacer borrón y cuenta nueva, por fomentar el olvido, por hacer que los acontecimientos del pasado ni siquiera hayan ocurrido y, en las empresas genocidas, que los muertos *nunca hayan nacido*. Este objetivo estaba en el corazón de la empresa nazi. Era necesario no sólo aniquilar físicamente a la población judía de Europa, sino también destruir las huellas de su paso por esta tierra, arrasar sus pueblos, sus sinagogas, sus cementerios... Otros regímenes, además del nazismo, han practicado en el siglo pasado y todavía en el nuestro la iconoclasia de los cementerios, la obliteración de los muertos, el borrado conmemorativo de las víctimas. Los Jóvenes Turcos hicieron lo mismo con las aldeas armenias, arrasadas hasta sus cimientos: incluso renombraron el lugar en turco como si nunca hubiera habido armenios en la región.

El deseo de borrar la memoria de personas odiadas y reprobadas se amplía y completa con el deseo de destruir, o al menos hacer inaccesibles, sus escritos. Esta “pasión triste” no es para nada un fenómeno antiguo ni abandonado. La práctica atraviesa los siglos y se prolonga hasta hoy. Parece inherente al ejercicio de todo poder religioso y secular, no solamente de los poderes autoritarios o totalitarios. Los esfuerzos de destrucción y borrado integral forman parte, como su expresión extrema, del fenómeno transhistórico de la censura y la represión judicial del pensamiento y del arte.

EL OLVIDO POR DECRETO

La intimación a tener que olvidar, la orden de practicar el olvido, fue impuesta por los reyes de Francia y observada por todas las autoridades al final de cada episodio de las Guerras de Religión. Cada edicto de pacificación era una oportunidad para que la corona impusiera el “olvido” de las recientes masacres entre católicos y protestantes y de sus atrocidades como única forma de asegurar el retorno de la paz. Catalina de Médicis hizo proclamar el Edicto de Saint-Germain en Laye (1570) en términos que se citan aún en la actualidad:

En primer lugar, que la memoria de todas las cosas pasadas de una parte y de otra desde que los problemas han ocurrido en el reino permanezca extinguida y adormecida como cosas que no han ocurrido...

Los poderes públicos, todos los cuales mantienen políticas de conmemoración, aniversarios y días festivos, tienen también una política de represión y olvido. El recuerdo de los crímenes políticos actuales es muy variable y está a menudo reprimido por los poderes que suceden a los regímenes comprometidos con parte del mismo personal reciclado: borrado con éxito a veces o, en última instancia, con un fracaso parcial, como en Portugal, la antigua URSS, Argentina y Chile. En Argentina el gobierno, en acuerdo con las Fuerzas Armadas, lo denominó con una fórmula excelente: *Ley de punto final*. Era cuestión de ponerle fin y pasar la página. Los Estados siempre han tenido el monopolio de la amnistía, y en particular de la autoamnistía: en Chile fue promulgada por la dictadura militar con el Decreto-Ley n° 2191 del 18 de abril de 1978, y en Argentina, antes del retorno de la democracia, con la Ley del 25 de septiembre de 1983, que pretendía amnistiar a los torturadores y silenciar a las víctimas. La amnistía oficial, en tales casos, agrava la situación y perpetúa la movilización de protesta: conceder impunidad a los torturadores desprecia la memoria de las víctimas.

EL PASO DEL TIEMPO Y LA DESAPARICIÓN DE LAS OBRAS

Lo único que queda de Protágoras de Abdera (\pm 490-420) es una nota bibliográfica de Diógenes Laercos que enumera una docena de libros del sofista adversario de Sócrates, libros que todavía se conocían en el siglo III d.C., más de siete siglos después de su muerte, pero que ahora se han borrado de la memoria humana. De estos libros solo se conservan cinco breves fragmentos, copiados por Laercos. Otros filósofos ilustres como Parménides, Heráclito y Empédocles se encuentran en la misma situación. El *Catálogo de las obras de Aristóteles* de Diógenes Laercos muestra que muchas de las obras del Estagirita de las que aún se tenía conocimiento en su siglo han desaparecido y nos son desconocidas. Entre ellos se encuentra el segundo libro de la *Poética*. En *El nombre de la rosa*, Umberto Eco inventa piadosamente algunos extractos de ese segundo volumen, dedicado a la comedia, y por lo tanto condenado por los cristianos austeros de la abadía benedictina. En este sentido, también se puede mencionar a Sófocles, autor de ciento veintitrés obras, de las cuales solo *siete* han llegado hasta nosotros gracias a un único manuscrito enviado desde Constantinopla a Italia a mediados del siglo XV, justo antes de la conquista turca de 1453. Asimismo, el 90% de los manuscritos de la literatura medieval ha desaparecido.

Nunca en la historia de la humanidad se han destruido tantos libros como en el siglo XX. Las guerras, sobre todo las dos guerras mundiales, pero también las grandes transiciones políticas, como el advenimiento del Tercer Reich, el ascenso del fascismo en Italia, la revolución bolchevique o la revolución china, fueron testigos de la eliminación de bibliotecas y documentos de todo tipo a una escala sin precedentes... Muchos otros regímenes autoritarios "limpiaron" sus bibliotecas. Millones de libros, incluidos muchos manuscritos preciosos y documentos irremplazables, han sido reducidos a cenizas. Y lo que queda a menudo ha sido dañado por el agua y el fuego, según constata la UNESCO en un informe sobre la *Memoria Perdida* en el Mundo.

También los historiadores de cine están catalogando películas que se han perdido para siempre por el abandono. Muchas películas del cine mudo, protagonizadas por actores antaño famosos, ya

no existen en los museos ni en las colecciones privadas, ni siquiera una sola copia. La película de nitrato de celuloide flexible, inventada en 1888, se autodestruye a gran velocidad; los programas de transferencia a tecnologías digitales llegan tarde y no hacen más que prolongar la precariedad material inherente a los medios modernos.

EL ESTADO COMO GESTOR DEL RECUERDO

Los regímenes de olvido en los sucesivos estados de la sociedad implican simultáneamente un conjunto de procedimientos conniventes en la *denegación* del olvido. Los simulacros de la memoria colectiva son los mantos de Noé que ocultan un pasado devorado. Eminentemente el Estado moderno tiene a su disposición el poder de la conmemoración y, en el orden simbólico, esto no es poco.

A Francia, un viejo país con una larga memoria estatal y una amnesia masiva, le gusta conmemorar: desde 1980 el número de conmemoraciones oficiales anuales ha pasado de seis a doce. No solo conmemora episodios gloriosos. Después de años de represión, Francia siguió el camino inverso: a finales de los años 90 vivió un frenesí de conmemoraciones de culpabilidad, procesamientos y arrepentimientos acompañados del insistente orden del “deber de memoria”. En lugar de las antiguas celebraciones de los heroísmos de la Resistencia, la exhumación de pasados vergonzosos, de miserables secretos individuales y la destrucción de los últimos jirones de “mitos” heroicos convenientes –antiguamente transmitidos por el antifascismo–, han estado en marcha durante casi treinta años.

En la URSS, durante la época de Gorbachov, y clandestinamente desde antes que él, la revista *Samizdat Pamjat (Memoria)*, que se publicó entre 1976 y 1982, se dedicó a restaurar la memoria de las víctimas de la represión soviética, el Gulag, y también de todas las formas de oposición al régimen. El Gulag simboliza la ignominia de un régimen que pretendía trabajar por la felicidad de la humanidad mientras reducía a millones de sus ciudadanos a la esclavitud. La Rusia de Putin consideró que rememorar estos malos recuerdos era “deprimente” y volvió a condenar al olvido a las víctimas de la tragedia estalinista. Los numerosos planes de conmemoración de las víctimas quedaron casi todos en papel. Los campos donde debían crearse los museos siguen ocultos por la vegetación y sólo emergen las cruces erigidas durante la Perestroika.

JUSTICIA PÓSTUMA

En el Antiguo Testamento, Dios toma partido por las víctimas (por ejemplo, en el primer caso criminal registrado, el asesinato de Abel). Las víctimas son la prueba de la maldad social, son los testigos de cargo, los “mártires” de la acusación erigida en su contra. Sin embargo, ¿quién hará justicia plena de cara a los miserables, los perseguidos, las víctimas, los explotados, los despreciados y *cuándo*? ¿Cómo encontrar, en la universal inequidad que reina en este mundo, un castigo y una respuesta sobriamente racional e inmanente? Los siglos XIX y XX se han ocupado en vano de este problema.

Desde hace siglos se ha prometido a las víctimas de la perversidad humana, a los héroes desconocidos, a los genios despreciados y a los bienhechores desdeñados una forma de justicia de apelación. Según una cita de Goethe, “la apelación a la posteridad nace de un sentimiento puro y

vivo de inmortalidad”. Máxima empática que todos repiten pero que evitan demostrar. Todos los sobrevivientes de atrocidades, de guerras, de masacres del siglo pasado han manifestado que no habrían sufrido en vano en las trincheras o en los campos si la memoria del horror sufrido –que iba a mantenerse a perpetuidad– servía, por lo menos, para impedir que los hombres del futuro lo repitieran.

La historia juzgará: esa es la fórmula patética de los vencidos, provisorios o definitivos, de la que hay miles de ejemplos a lo largo de los siglos. Pobre consuelo, la Historia no muestra para nada la acción reparadora de la Justicia inmanente. Como tampoco muestra una conexión necesaria ni frecuente entre una mala acción y su sanción. El pasado es irremediable: es aquello que no podemos enmendar, no importa lo que hagamos –no podemos vengar a las víctimas ni castigar a los verdugos muertos en el pasado–. ¿Qué hacer entonces? Buscar subterfugios y sustitutos. Podemos aprobar la conmemoración de malos recuerdos si se lo hace con el objetivo de establecer un compromiso de no volver a cometer los mismos errores: así, por ejemplo, las conmemoraciones pacifistas de los decenios 1920-30 de “La gran matanza” y del “Nunca Más”.

Después del nazismo, la cobarde Europa volvió a decir “nunca más” y pareció que esa vez sí se lo tomaba en serio. Pero no tanto después, en 1992, con Mladić y Karadžić y Milosevič, vimos filas de personas transportadas en camiones, hombres demacrados detrás de alambres de púa, acumulación de cadáveres. Ya lo habíamos visto. Era una *remake*...

Los testigos que sobreviven tienen la obligación de transmitir. Las pruebas traspasadas por las generaciones que vivieron o conocieron el genocidio armenio, el Gulag, el nazismo, los totalitarismos, pero también Hiroshima y Nagasaki y, más recientemente, Timor oriental, Camboya, Ruanda, la antigua Yugoslavia y Darfur, así como los crímenes de lesa humanidad en Ucrania interpelan a aquellos a quienes los sobrevivientes transmiten su testimonio. La historia de los sobrevivientes, los testimonios del horror de las guerras y las masacres constituyen un dominio de investigación en expansión.

LA HISTORIOGRAFÍA DEL OLVIDO

La historia no es un viaje imaginario hacia el pasado sino una interrogación sobre sus *huellas*. La huella es por naturaleza, por definición, incompletitud, fuente de cuestionamientos con resultados siempre inciertos. Ahora bien, solo es historia por las huellas. La huella está aquí ante nuestros ojos, pero jamás veremos aquello de lo que es vestigio, puesto que solo lo podremos determinar de forma conjetural. Como afirma Hentsch (2003), “el presente existe sólo por sí mismo: si algo del pasado sobrevive, lo hace por la ayuda que le presta el presente”.

Todas las sociedades modernas sufrieron sucesivas erosiones de su material memorialístico, no solo por las destrucciones en tiempos de guerra. Más allá de los regímenes autoritarios, todas las sociedades borran activamente determinadas huellas molestas de su pasado, destruyen recuerdos y recortan archivos; rechazan los “malos recuerdos” y reescriben incansablemente su historia para acomodar los mitos renovados y los “consensos” transitorios.

Todo Genocidio está seguido de un memoricidio –un memoricidio puede definirse como un crimen que consiste en la realización, parcial o total, de una voluntad de negar, relativizar, justificar, parcial o totalmente, un acto primero de genocidio–. Tarea nefasta que los regímenes genocidas comienzan enseguida: disimular los cadáveres, borrar las huellas de las masacres, aplanar con una topadora las fosas comunes. A la par de Turquía, el Estado negacionista mejor organizado de

nuestros días –y el más obstinado en la mentira con apoyo de sus historiadores oficiales– es Japón, con la negación de sus crímenes de guerra y la no persecución de innumerables crímenes que se distribuyen en categorías perversas que se suman unas a otras: muertes en masa, experiencias en seres humanos con vistas a una guerra bacteriológica, utilización de armas químicas, hambrunas intencionales, tortura de prisioneros de guerra, canibalismo forzado, trabajo forzado, “mujeres de consuelo”, saqueos, violaciones en masa y masacres.

Exhumaciones y usos testimoniales de huellas materiales, a veces ínfimas, de la violencia de masas del siglo pasado. Huellas que los asesinos de Estado han buscado precisamente borrar. En su película *El botón de nácar*, el chileno Patricio Guzmán parte del descubrimiento de un gemelo de nácar unido a un riel en el fondo del mar. Esos rieles permitían hundir los cuerpos de los “desaparecidos”, víctimas de la dictadura de Pinochet, tirados al mar luego de haber sido torturados. Ínfimo testimonio de un crimen que se buscó borrar.

Se ha repetido que la historia que se narra es siempre “la historia de los vencedores”. Algunos han comenzado a narrar el siglo XX ubicándose en el punto de vista de los vencidos de la historia. La historia de los dominados y de los excluidos se desarrolló en la década del 90 en Estados Unidos a partir de la publicación de una enciclopedia de las mujeres negras, un estudio sobre las mujeres, blancas y negras, en el mundo de la plantación, y una historia del lesbianismo. Se puede ver el desarrollo en una diseminación infinita, con lo bueno y lo mediocre, de historias de dominados y de excluidos de los que subsiste, si se busca bien, una “huella” tenue, obliterada por la Memoria oficial: aquella de pueblos coloniales, de mujeres, de minorías sexuales, de subculturas étnicas (los gitanos en Francia, por ejemplo), de culturas populares y subproletarias. Estas historias que reclaman derecho de ciudad han llevado al cuestionamiento de la Gran historia tradicional unívoca con pretensión universal, que sacaba su coherencia fáctica y su objetividad selectiva del hecho de que eliminaba previamente, que excluía desde antes todas esas categorías.

LA LITERATURA CONTRA EL OLVIDO

Los grandes escritores rusos –antes soviéticos– dieron testimonio de la criminalidad equivalente de los totalitarismos nazi y estalinista. Considero que esta es la literatura que *sobrevivirá*. Varlam Chalamov, Aleksandr Soljénitsyne, Evgenija Guinzburg, Piotr Yakir, Isaak Babel, Boris Pilniak desfilan por el estrado, ante el “Tribunal de la historia” –como se decía antes–, mientras que los creadores de la literatura de Estado, los sofistas y los falsos historiadores “comprometidos” que se obstinaron en disimular y negar la extensión de los crímenes totalitarios serán enterrados y olvidados.

En su discurso de recepción del premio Nobel de literatura, en 1982, Gabriel García Márquez, luego de invocar los antiguos dolores y los muertos del continente sudamericano, exigió a los europeos recordar su propio pasado, su propia “soledad”. Pero más allá de ese deber intelectual y ético que atañe a las personas de letras, propongo una suerte de teoría de la novela, del texto de ficción, que abordo como denegación en lo imaginario de la fatalidad del olvido, como reinscripción en la ficción de las vidas banales, poco “ejemplares”, del dogma soteriológico de la Memoria divina perfecta, y la confirmación *a contrario* de la imposibilidad radical de “salvar” del olvido las pasiones, las alegrías y los sufrimientos de la mayoría de los seres humanos. Sitúo la génesis de la imaginación novelística en los cementerios; la novela es necrológica y se dirige a nosotros para recordarnos nuestro destino. La gran novela realista es una conjuración en la ficción del olvido

masivo de los destinos comunes, de las miserias de los pobres, tanto más miserables porque no les tocan ni ganancias ni pérdidas.

¿En qué medida, entonces, la literatura y el cine oponen hoy su mentir-verdadero a las amnesias oficiales, sustituyen ficciones al silencio de la nada/vacío y abren una pista sobre una posible verdad de un pasado, sin embargo, borrado?

LA REGULACIÓN DEL OLVIDO HOY

¿Qué es lo que pasa con la regulación del olvido hoy? La sociedad de internet es una sociedad eminentemente volátil, provista de una tecla *suprimir* hiperactiva. Entramos en una sociedad de lo efímero por múltiples razones culturales y sociales, de la que todavía está pendiente despejar su lógica particular y mostrar la convergencia. Con el correo electrónico entramos en el régimen del borrado inmediato, de una sociedad mundial que funciona en lo cotidiano como una pizarra mágica. Antes los sentimentales conservaban las cartas de amor de su juventud; ¿conservar *e-mails* de amor parece un poco ridículo! Las fotografías tomadas por los aparatos digitales están destinadas a hacer compartir una experiencia inmediata a las personas cercanas *vía* el celular y no, como antes, a ser salvaguardadas en “álbumes de familia” llenos de memoria.

Las sociedades contemporáneas pueden ser caracterizadas, por medio de prácticas nuevas o adaptadas a la moda, como de *amnesia colectiva*, de borrado de huellas, de censuras y supresiones más o menos consensuadas de pasados inoportunos, de reflexiones retroactivas también, de reescrituras en palimpsesto y de erosiones de la historia anteriormente narrada –especialmente de la historia del siglo pasado–.

Los grandes relatos militantes han servido durante muchos siglos para conjurar el desamparo, el hundimiento de toda vida, invistiendo de sentido el presente, inscripto entre un pasado superado –explicado incluso en sus horrores irredimibles–, y un futuro feliz, seguro e inmutable. El hombre “se ha convertido definitivamente en un enigma para sí mismo” al mismo tiempo que no logra ya trascender su destino individual destinado a la muerte y el olvido al proyectar la sociedad humana a un futuro mejor, prometido si no a cada uno, al menos para la “Humanidad”.

El antiguo régimen cultural estaba vuelto hacia el pasado, la modernidad –época concluida– se dirigía hacia el futuro... La década de 1990 vio aparecer un tipo humano nuevo: el hombre del presente. Hombre condenado a vivir, según la expresión popular, en un presente que está siempre “urgido por llegar a ninguna parte”, que solo tiene del futuro la imagen de este presente persistente en su ser o la pesadilla de algún invierno nuclear o de un catastrófico calentamiento global. Corre hasta perder el aliento y no va a ningún lugar, como el conejo de Lewis Carroll. El sociólogo estadounidense Paul Connerton (1989) afirma: “Los individuos solo pueden imaginar un futuro bajo la forma de una persecución indefinida del proceso tecno-informativo actualmente observable”. Considera que la amnesia no es un hecho contingente o pasajero, sino *la característica estructural* de las sociedades en el régimen del “capitalismo avanzado” y describe la variedad de los fenómenos y el mecanismo por el que el capitalismo incita al olvido y tiene, al mismo tiempo, necesidad de él. Esta tendencia a la amnesia se aceleró debido a la temporalidad impuesta por la libre circulación de bienes, por los contratos de trabajo por períodos cortos y por el hilo de la actualidad que impone una temporalidad del instante.

CONCLUSIONES

Pretendo que se observe, de un estado de sociedad a otro, la actividad omnipresente, e inexorable, del olvido y describir los medios más o menos ingeniosos a los que se entregan los seres humanos para negar los hechos y fabricarse simulacros de memoria. Los seres humanos en masa pasan, viven y mueren sin dejar *huella* sobre la tierra; los documentos desaparecen o se convierten en monumentos opacos y cada vez menos visitados, los escritos se convierten, si no se toman cuidados extremos, en jeroglíficos impenetrables. Cada muerte, cada día, es un olvido radical no solo de los “pequeños secretos miserables” que cada uno se lleva a la tumba, sino también de saberes y de experiencias que conforman una *pérdida* perpetua. A pesar del esfuerzo secular de transmitir la memoria de generación en generación, las sociedades humanas funcionan con amnesia, masiva y fatal. Apenas consiguen exorcizar el olvido, ocultar los borramientos y su dimensión. La Gran denegación atraviesa los siglos. A pesar del hecho de que las sociedades han encargado *transmitir* de una generación a la otra la historia primero a chamanes y a recitadores genealogistas, luego a historiadores y a bibliotecarios, esta hace ver, sobre todo, las lagunas que se extienden, la supresión, la pérdida, los contrasentidos acumulados, la obliteración del pasado por medio de la ficción usada como relleno.

REFERENCIAS

- Connerton, P. (1989). *How Societies Remember*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Freud, S. (1904 [2017]). *Psicopatología de la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hentsch, T. (2003). *Raconter et Mourir*. Montreal: Éditions Bréal.
- King, D. (1997). *The Commissar Vanishes: The Falsification of Photographs and Art in Stalin's Russia*. Edimburgo: Canongate.
- Nietzsche, F. (1881 [1984]). *Aurora*. Madrid: Busman.

Traducción de Paulina Bettendorff, Laura Bonilla Neira y Mariana Franco.